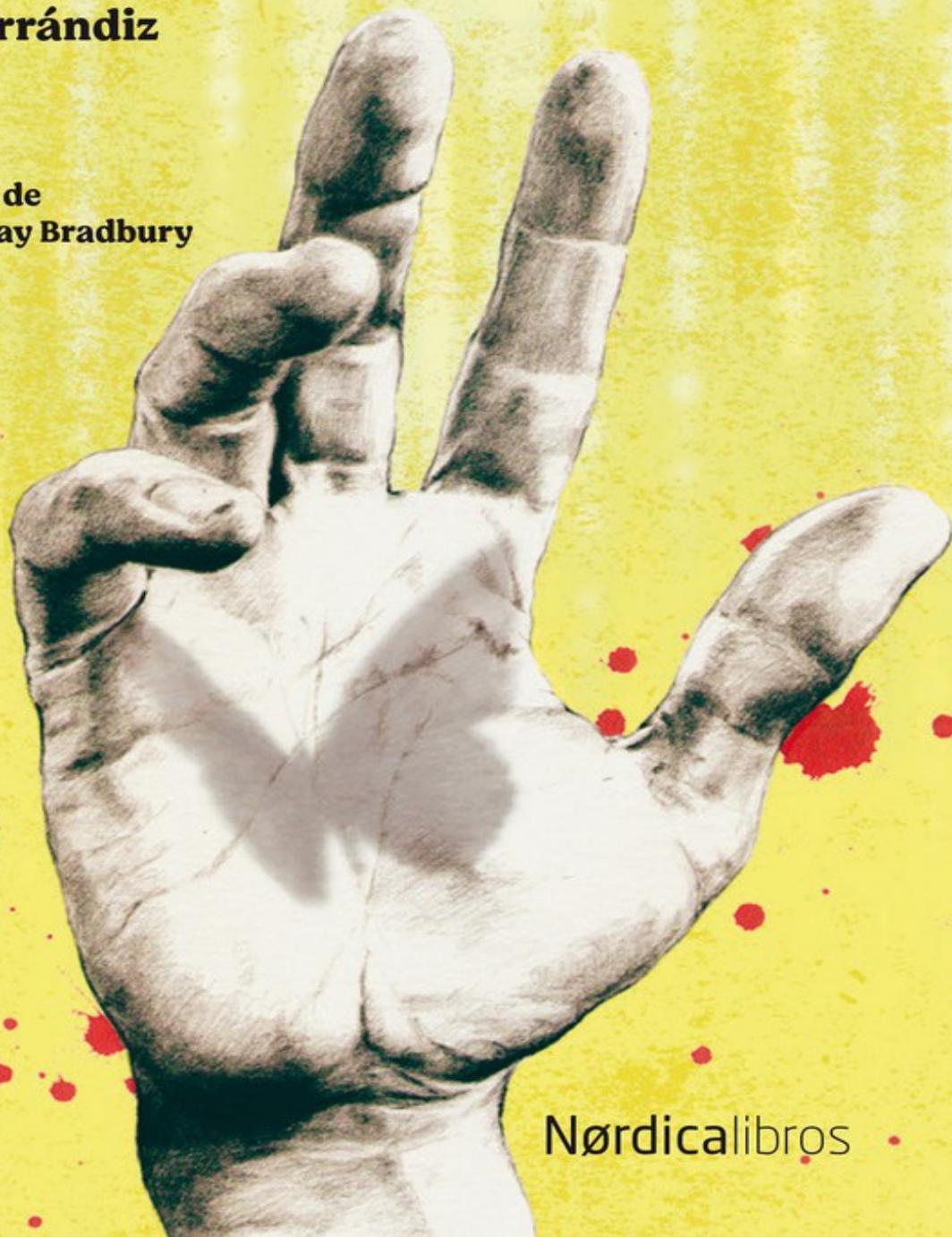


Ray Bradbury

UN SONIDO ATRONADOR

**Ilustraciones de
Elena Ferrándiz**

**Traducción de
Colectivo Ray Bradbury
BdL**



Nørdicalibros

UN SONIDO ATRONADOR

RAY BRADBURY

Ilustraciones de Elena Ferrándiz

Traducción de
Colectivo Ray Bradbury
BdL

Título original: *A Sound of Thunder*



Con la colaboración de la escuela de escritura Billar de Letras (billardeletras.com)

© 1952 by The Crowell-Collier Publishing Company, renewed 1980 by Ray Bradbury

© De las ilustraciones: Elena Ferrándiz

© De la traducción: Rubén Cervantes Garrido, Romina De Carli, Ángel Ferrer, Renata Józziak, Ivana Krpan, Nina Morillas Jørgensen, Inmaculada Ortiz Montegordo, María Natalia Paillié Plazas, Llanos Toboso y Maite Fernández Estañán (coordinadora)

© De la traducción: Luisa Gutiérrez Ruiz

Edición en ebook: agosto de 2020

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18067-94-5

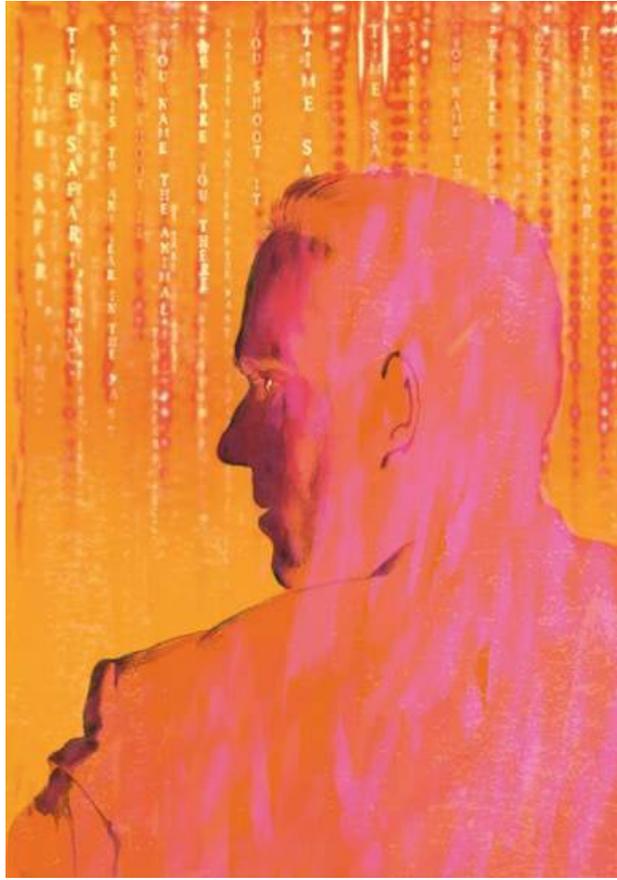
Diseño de colección: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



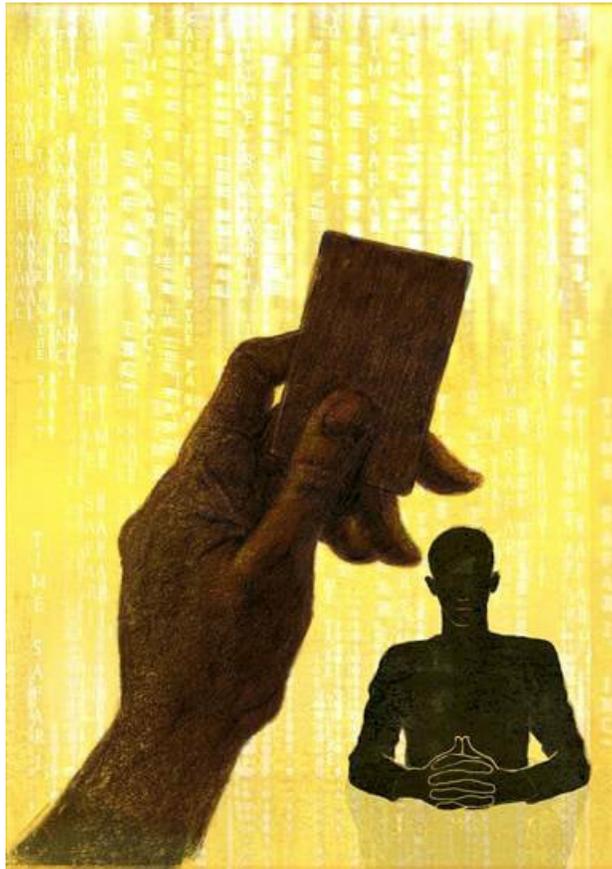


El letrero de la pared parecía vibrar como si una película de agua tibia se deslizara por él. Eckels sintió un parpadeo sobre su mirada, y fue en esa oscuridad fugaz donde el cartel se encendió:

SAFARI EN EL TIEMPO S. L.
SAFARIS A CUALQUIER AÑO DEL PASADO.
USTED ELIGE EL ANIMAL.
NOSOTROS LE LLEVAMOS.
USTED DISPARA.

En la garganta de Eckels se formó una flema tibia; tragó para hacerla descender. Los músculos de la boca formaron una sonrisa cuando levantó despacio la mano con un cheque de diez mil dólares y lo agitó delante del hombre del mostrador.

—¿Este safari me garantiza que voy a volver con vida?



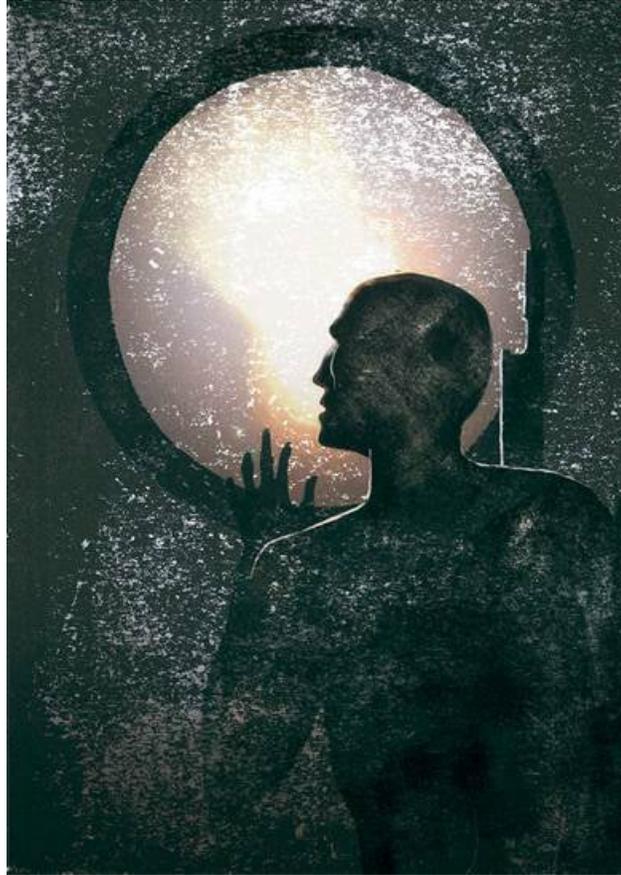
—No garantizamos nada —dijo el dependiente—, excepto los dinosaurios. —Se giró—. Este es el señor Travis, su guía del safari en el Pasado. Él le dirá a qué y dónde disparar. Si le dice que no dispare, no dispare. Si desoye sus instrucciones, a su vuelta se le impondrá una sanción de otros diez mil dólares, además de posibles acciones gubernamentales.

Eckels echó un vistazo a través de la enorme oficina hacia una maraña de cables enredados y cajas metálicas zumbonas, hacia una aurora que emitía destellos ahora naranjas, ahora plateados, ahora azules. Sonaba como una gran hoguera abrasando el Tiempo, todos los años y todos los calendarios de pergamino, todas las horas; todo apilado y en llamas.

Un roce con la mano y ese fuego podría, al instante, revertirse maravillosamente. Eckels recordaba el texto del anuncio palabra por palabra. De la brasa y de la ceniza, del polvo y del carbón, como salamandras doradas, los tiempos viejos, los tiempos verdes, podrían rebrotar; las rosas endulzar el aire, el pelo blanco volverse negro azabache, las arrugas desaparecer; todas y cada una de las cosas podrían volver a su semilla, ahuyentar la muerte, apresurarse hacia los comienzos, los soles nacer en los cielos del occidente y ponerse en orientes gloriosos, las lunas decrecer al revés de lo habitual, todas y cada una de las cosas encajar unas dentro de otras como cajas chinas, conejos dentro de sombreros, todas y cada una de las cosas volviendo a la muerte fresca, la muerte seminal, la muerte verde, al tiempo antes del comienzo. Un roce con la mano podría hacerlo, el más mínimo roce de la mano.

—Increíble. —Eckels suspiró, la luz de la Máquina en su cara delgada—. Una verdadera Máquina del Tiempo. —Sacudió la cabeza—. Da que pensar. Si las elecciones hubieran ido mal ayer, podría estar aquí ahora mismo huyendo de los resultados. Gracias a Dios, Keith ganó. Será un buen presidente de los Estados Unidos.

—Sí —dijo el hombre detrás del mostrador—, hemos tenido suerte. Si Deutscher hubiera ganado, tendríamos el peor tipo de dictadura. Es un hombre antitodo, militarista, anticristiano, antihumano, antiintelectual. La gente nos llamó, ya sabe, bromeando, pero en serio. Decían que si Deutscher llegaba a ser presidente ellos preferirían irse a vivir a 1492. Por supuesto, nuestro trabajo no es gestionar escapadas, sino hacer safaris. Como sea, Keith es presidente ahora. Lo único de lo que usted debe preocuparse es de...



—Disparar a mi dinosaurio —Eckels terminó la frase por él.

—Un *Tyrannosaurus rex*. El Lagarto Tirano, el monstruo más increíble que ha existido en la historia. Firme este descargo. Si le ocurre cualquier cosa, no nos hacemos responsables. Esos dinosaurios están hambrientos.

Eckels enrojeció de enfado.

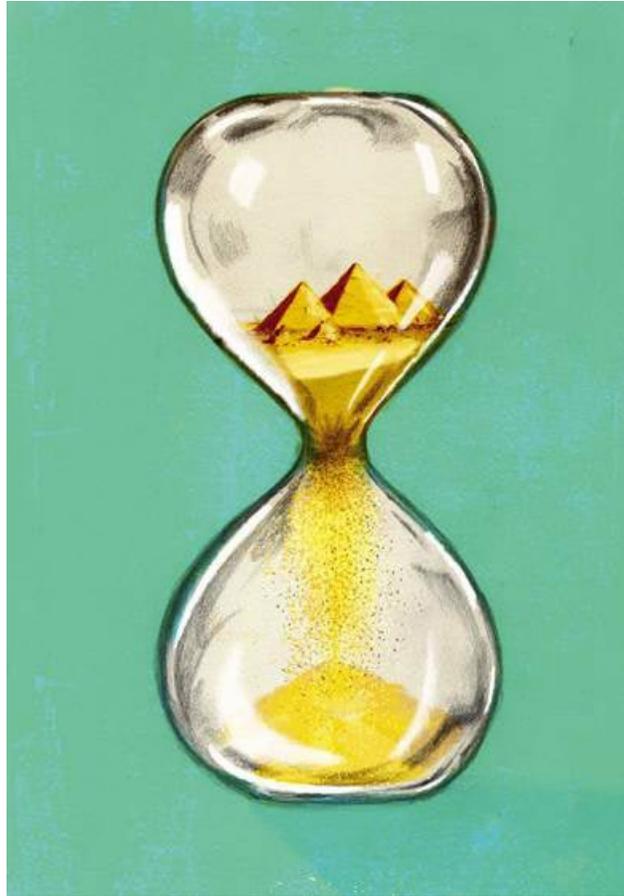
—¡Trata de asustarme!

—Honestamente, sí. No queremos que nadie entre en pánico al primer disparo. El año pasado murieron seis guías y una docena de cazadores. Estamos aquí para ofrecerle la emoción más intensa que un verdadero cazador podría desear. Lo llevamos sesenta millones de años atrás para cazar la presa más impresionante de todos los tiempos. Su cheque sigue ahí. Rómpalo.

El señor Eckels miró el cheque. Sus dedos se crisparon.

—Suerte —dijo el hombre tras el mostrador—. Es todo suyo, señor Travis.

Atravesaron la habitación en silencio, armas en mano, hacia la Máquina, hacia el metal plateado y la luz rugiente.



Primero un día y luego una noche y luego un día y luego una noche, luego día-noche-día-noche. Una semana, un mes, un año, ¡una década! 2055 d. C. 2019 d. C. ¡1999! ¡1957! ¡Adiós! La Máquina rugió.

Se pusieron los cascos de oxígeno y probaron sus intercomunicadores.

Eckels se agitaba sobre el asiento acolchado, la cara pálida, la mandíbula tensa. Sintió que le temblaban los brazos y al bajar la mirada halló sus manos aferradas al nuevo rifle. Había cuatro hombres más en la Máquina. Travis, el jefe del safari, su asistente, Lesperance, y otros dos cazadores, Billings y Kramer. Permanecían sentados mirándose los unos a los otros, y los años centelleaban a su alrededor.

—¿Pueden estos fusiles dejar tieso a un dinosaurio? —se oyó decir Eckels.

—Si le da bien —dijo Travis por la radio del casco—. Algunos dinosaurios tienen dos cerebros, uno en la cabeza y otro al final de la columna vertebral. A estos ni nos acercamos. Es tentar a la suerte. Péguale los dos primeros tiros en los ojos, si puede, déjele ciego, y siga con el cerebro.

La Máquina aulló. El tiempo era una película vista al revés. Los soles huían y diez millones de lunas huían detrás.

—Piénsenlo —dijo Eckels—. Todos los cazadores que alguna vez hayan vivido nos envidiarían hoy. En comparación con esto, África parece Illinois.

La Máquina se ralentizó; su chillido se redujo a murmullo. La Máquina se paró.

El sol se detuvo en el cielo.

La niebla que había envuelto a la Máquina se disipó y estaban en una era antigua, de hecho muy antigua, tres cazadores y dos guías de safari con sus armas de metal azulado sobre las rodillas.

—Jesucristo no ha nacido todavía —dijo Travis—. Moisés no ha ido a la montaña a hablar con Dios. Las pirámides están aún enterradas, esperando a ser erigidas y talladas. No lo olviden. Alejandro Magno, César, Napoleón, Hitler, ninguno de ellos existe.

Los hombres asintieron.

—Esto que ve —indicó Travis— es la selva de sesenta millones dos mil cincuenta y cinco años antes del presidente Keith.

Señaló un camino metálico que se adentraba en la jungla verde, sobre las aguas pantanosas, entre helechos gigantes y palmeras.

—Y ese —dijo— es el Camino, puesto a su disposición por Safari en el Tiempo. Flota quince centímetros por encima de la tierra. No toca ni una brizna de hierba, flor o árbol. Está hecho de un metal antigraavedad. Su propósito es evitar a toda costa que toquen el mundo del pasado. No salgan del Camino. Repito: No salgan del Camino. ¡Por ninguna razón! Si se caen fuera, habrá una multa. Y no disparen a ningún animal que no autoricemos.

—¿Por qué? —preguntó Eckels.

Estaban sentados en la jungla primitiva. El viento traía trinos lejanos de pájaros, y el olor a brea y sal marina añeja, a hierba húmeda y a flores rojas como la sangre.

—No queremos alterar el Futuro. No pertenecemos a este Pasado. Al Gobierno no le gusta que estemos aquí. Pagamos grandes sobornos para mantener esta franquicia. Una Máquina del Tiempo es un asunto delicado. Podríamos matar a un animal importante sin saberlo, un pajarito, una cucaracha, o hasta una flor, y destruiríamos un eslabón importante de una especie en evolución.

—No entiendo —dijo Eckels.

—A ver... —continuó Travis—, digamos que por accidente matamos a un ratón aquí. Eso significa que destruimos todas las futuras familias de ese ratón en particular, ¿verdad?

—Verdad.

—¡Y a todas las familias de las familias de las familias de ese ratón! Con un pisotón aniquilaríamos primero uno, luego una docena, luego mil, un millón, ¡miles de millones de posibles ratones!

—Así que se mueren —dijo Eckels—. ¿Y qué?



—¿Y qué? —resopló Travis, discretamente—. Entonces, ¿qué pasaría con los zorros que necesitasen a todos esos ratones para sobrevivir? Por cada diez ratones menos, muere un zorro. Por la falta de diez zorros, muere de hambre un león. Al faltar un león, toda clase de insectos, buitres, infinitos millones de formas de vida serían arrojados al caos y a la destrucción. Al final, todo se reduce a esto: cincuenta y nueve millones de años más tarde, un cavernícola, uno de una docena en el mundo entero, va a la caza del jabalí o del tigre de dientes de sable para comer, pero usted, amigo, ha pisado todos los tigres de esa región. Por pisar un solo ratón. Así que el cavernícola se muere de hambre. Y ese cavernícola, téngalo presente, no es solo un hombre cualquiera del que se pueda prescindir, ¡no! Es toda una futura nación. De sus entrañas habrían nacido diez hijos. De las entrañas de sus hijos cien hijos, y de ahí en adelante la civilización. Destruya a ese único hombre y destruirá una raza, un pueblo, la historia entera de la vida. Es comparable con matar a algunos de los nietos de Adán. Ese pisotón, a un ratón, podría iniciar un terremoto, cuyos efectos podrían sacudir nuestra tierra y destinos de generación en generación, hasta sus cimientos. Con la muerte de ese único cavernícola, miles de millones de personas aún no nacidas quedarían estranguladas en el útero. Tal vez Roma nunca se levantase sobre sus siete colinas. Quizás Europa fuese un oscuro bosque para siempre, y solo Asia crecería sana y rebosante de vida. Pise un ratón y aplastará las pirámides. Pise un ratón y dejará su huella, como un Gran Cañón, por toda la eternidad. La reina Isabel podría no llegar a nacer. Puede que Washington no cruce el Delaware, quizá los Estados Unidos no lleguen a existir nunca. Así que tenga cuidado. No salga del Camino. ¡Jamás dé un paso fuera!

—Ya veo —dijo Eckels—. Entonces, más nos vale no tocar la hierba, ¿no?

—Correcto. Destrozar ciertas plantas podría tener consecuencias infinitesimales. Un pequeño error aquí se multiplicaría en sesenta millones de años de manera incommensurable. Por supuesto, nuestra teoría puede estar equivocada. Quizás nosotros no podamos cambiar el Tiempo. O quizás solo podamos modificarlo de forma sutil. Un ratón muerto aquí crea allí un desequilibrio en los insectos, después una desproporción en la población, posteriormente una mala cosecha, una depresión, una hambruna y, finalmente, un cambio en el temperamento social en países remotos. Algo mucho más sutil, como eso. Tal vez una suave respiración, un susurro, un pelo, polen en el aire, un cambio tan tan ligero que, de no ser visto de cerca, pasaría desapercibido. ¿Quién lo

sabe? ¿Quién puede afirmar que lo sabe? No lo sabemos. Solo lo suponemos. Hasta que no se sepa con certeza si nuestras incursiones en el Tiempo generan un gran rugido o un pequeño murmullo, estamos siendo cuidadosos. Esta Máquina, este Camino, sus ropas y sus cuerpos han sido esterilizados, como bien sabe, antes del viaje. Llevamos estos cascos de oxígeno para no introducir nuestras bacterias en una atmósfera ancestral.

—¿Cómo sabemos a qué animales podemos disparar?

—Están marcados con pintura roja —dijo Travis—. Hoy, antes de nuestro viaje, enviamos a Lesperance aquí con la Máquina. Vino a esta era en particular y siguió a ciertos animales.

—¿Estudiándolos?

—Eso es —dijo Lesperance—. Les sigo la pista a lo largo de toda su vida, tomando nota de cuáles viven más: muy pocos. Cuántas veces se aparean: no muy a menudo. La vida es corta. Cuando me encuentro con uno que va a morir porque un árbol se le va a caer encima o porque va a ahogarse en una charca de brea, tomo nota de la hora, el minuto y el segundo exactos. Disparo una bomba de pintura que le deja una mancha roja en el costado y así podemos reconocerlo más tarde. Luego sincronizo nuestra llegada al Pasado, de modo que nosotros encontramos al Monstruo, como mucho, dos minutos antes del momento en el que habría muerto de todas formas. De esta manera, matamos solo a animales que no tienen futuro, que no volverán a aparearse jamás. ¿Ve usted lo cuidadosos que somos?

—Pero si usted viajó atrás en el Tiempo esta mañana —dijo Eckels con impaciencia—, se habrá tropezado con nosotros, con nuestro safari. ¿Qué tal fue? ¿Fue un éxito? ¿Salimos todos... vivos?

Travis y Lesperance cruzaron una mirada.

—Sería una paradoja —dijo este último—. El Tiempo no permite este tipo de interferencias..., un hombre que se encuentra consigo mismo. Cuando una situación así amenaza con ocurrir, el Tiempo se aparta. Como cuando un avión pasa por un bache. ¿Notó que la Máquina pegó un salto poco antes de que nos parásemos? Éramos nosotros cruzándonos con nosotros mismos. No vimos nada. No hay manera de saber si esta expedición fue bien, si capturamos a nuestro monstruo o si todos nosotros..., usted incluido, señor Eckels, salimos con vida.

Eckels sonrió, pálido.

—Olvídelo —dijo Travis bruscamente—. ¡Todos en pie!

Estaban listos para salir de la Máquina.

La jungla era vasta; la jungla era extensa; la jungla era el mundo entero por siempre y para siempre. Sonidos como música y sonidos como tiendas de campaña voladoras llenaban el cielo, y eran pterodáctilos que planeaban con sus cavernosas alas grises, gigantescos murciélagos de delirio y fiebre nocturna. Eckels, en equilibrio sobre el estrecho Camino, apuntó con su rifle, bromeando.

—¡No haga eso! —dijo Travis—. No haga eso ni en broma, ¡maldita sea! ¿Y si se dispara?

Eckels enrojeció.

—¿Dónde está nuestro *Tyrannosaurus*? —dijo.

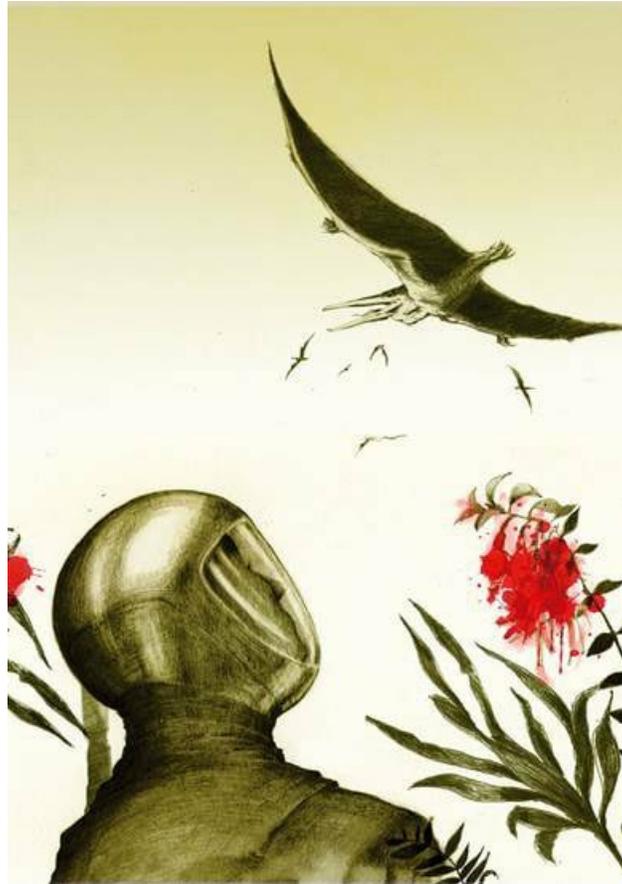
Lesperance comprobó la hora.

—Más adelante. Nos cruzaremos en su camino en sesenta segundos. ¡Busquen la marca de pintura roja! Y no disparen hasta que demos la orden. No salgan del Camino. ¡No salgan del Camino!

Avanzaron con la brisa de la mañana.

—Qué extraño —murmuró Eckels—. Sesenta millones de años más adelante, el día de las elecciones ha terminado y Keith ha sido elegido presidente. Todo el mundo está celebrándolo; y aquí estamos nosotros, millones de años atrás, y ellos no existen. Todo lo que nos preocupó durante meses, toda una vida, no existe ni se ha imaginado aún.

—¡Quiten todos el seguro! —ordenó Travis—. Eckels, usted será el primero en disparar. Segundo, Billings, y tercero, Kramer.



—He cazado tigres, jabalíes, búfalos y elefantes, pero esto es diferente —dijo Eckels—. Estoy temblando como un niño.

—¡Ajá! —dijo Travis. Todos se detuvieron.

Travis alzó la mano.

—Adelante —susurró—. En medio de la neblina. Ahí está. Ahí se encuentra Su Majestad el Rey.

La jungla era inmensa, llena de gorjeos, crujidos, murmullos y susurros.

De repente todo paró, como si alguien hubiera cerrado la puerta.

Silencio.

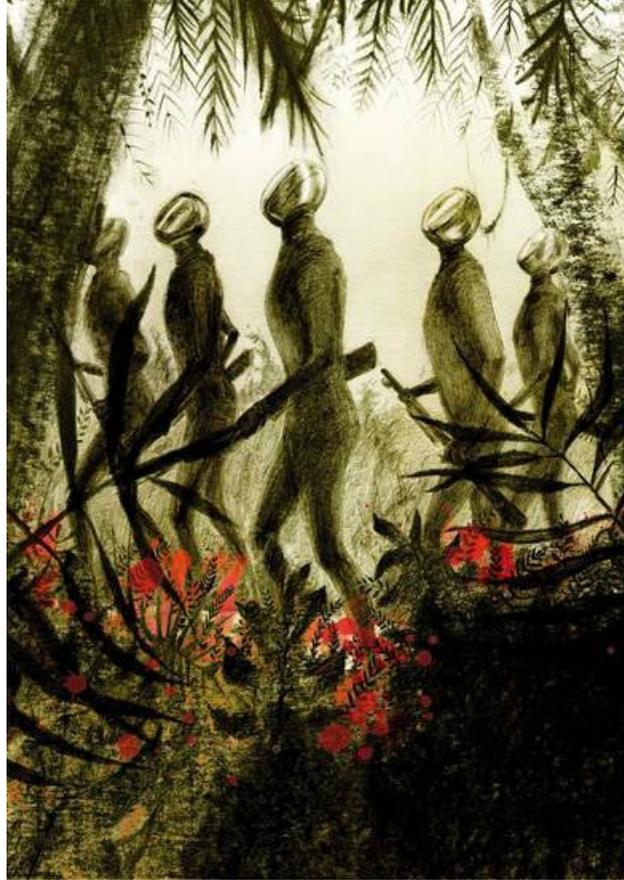
Un sonido atronador.

Tras la neblina, a unos cien metros de allí, el *Tyrannosaurus rex* se acercaba.

—Eso... —susurró Eckels—. Eso...

—¡Chist!

Se acercaba a zancadas sobre untuosas y resistentes patas. Superaba en unos diez metros la altura de la mitad de la arbolada; un dios maligno que recoge sus delicadas garras, como pinzas de relojero, contra su craso pecho de reptil. Cada pata inferior un pistón, cuatrocientos cincuenta kilos de blanco hueso sumergido en gruesas fibras de músculo y todo ello envuelto por una piel guijarrosa y destellante como la cota de malla de un guerrero temible. Cada muslo una tonelada de carne, marfil y tejido de acero.



Y de esa inmensa caja torácica en la parte superior del cuerpo colgaban dos patas finas, patas con garras con las que podría levantar y escudriñar personas como si fueran juguetes y, a la vez, enroscar su cuello de serpiente. Y la cabeza, una tonelada de piedra esculpida que se elevaba con facilidad hacia el cielo. Por su boca abierta asomaba una hilera de dientes como dagas. Ojos en blanco como huevos de avestruz, sin más expresión que el hambre.

Cerró la boca, dibujando una sonrisa mortífera. Y corrió. Los huesos de su pelvis se abrían paso destrozando árboles y matorrales. Con las garras arañaba la tierra húmeda y hollaba surcos de quince centímetros de profundidad allá donde cargaba todo su peso. Corrió, deslizándose con pasos de bailarina, con demasiada compostura y equilibrio a pesar de sus diez toneladas. Se movió con cautela a una zona soleada, sus preciosas patas reptilianas acariciando el aire.

—Madre mía. —La boca de Eckels se contrajo—. Podría estirarse y agarrar la luna.

—¡Chist! —Travis tiró de él bruscamente—. Todavía no nos ha visto.

—No se le puede matar —Eckels pronunció su veredicto en voz baja, como si fuera indiscutible. Había sopesado las evidencias y ese era su parecer. El rifle en su mano parecía un arma de juguete—. Ha sido una locura venir aquí. Esto es imposible.

—¡Cállese! —dijo Travis entre dientes.

—Una pesadilla.

—Dese la vuelta —ordenó Travis—. Camine en silencio hacia la Máquina. Le devolveremos la mitad del pago.

—No me lo esperaba tan grande —dijo Eckels—. Calculé mal, eso es todo. Y ahora quiero salir de aquí.

—¡Nos está viendo!

—¡Ahí está la mancha roja en su pecho!

El Lagarto Tirano se incorporó. Su carne acorazada brillaba como mil monedas verdes. Las monedas, cubiertas de una costra de baba, desprendían vaho. En la baba rebullían diminutos insectos que hacían que su cuerpo entero pareciera contraerse y retorcerse, incluso cuando el Monstruo ni siquiera se movía. Exhaló. Un hedor a carne cruda invadió la selva.



—Sáquenme de aquí —dijo Eckels—. Nunca me había pasado nada igual. Siempre estuve seguro de que saldría con vida. Tenía buenos guías, buenos safaris y seguridad. Esta vez me he equivocado. Esto me supera y lo reconozco. Es demasiado para mí, no puedo conseguirlo.

—No corra —dijo Lesperance—. Dese la vuelta. Escóndase en la Máquina.

—Sí. —Eckels parecía entumecido. Se miró los pies como intentando moverlos con la mirada. Soltó un gruñido de impotencia.

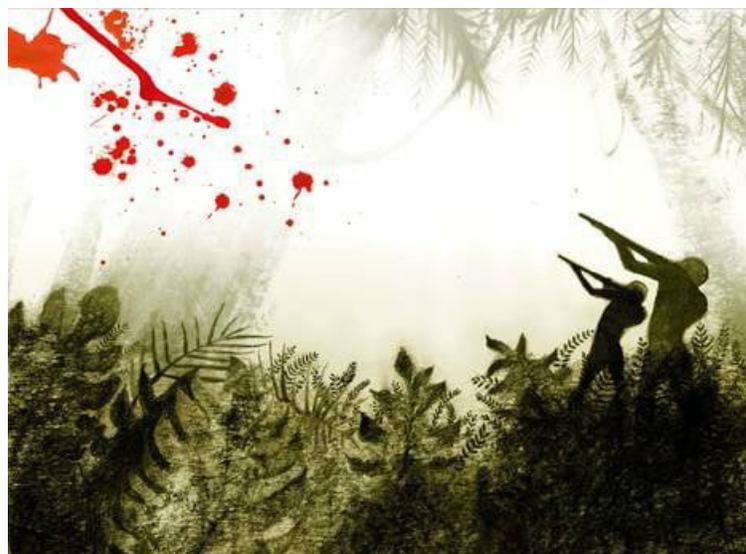
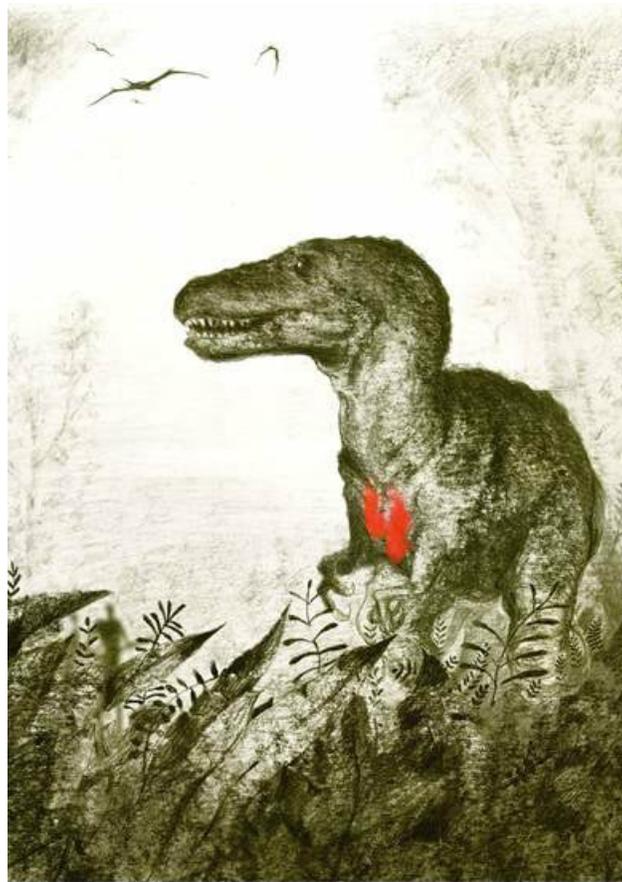
—¡Eckels!

Dio unos pocos pasos, pestañeando, arrastrando los pies.

—¡Por ahí no!

Al primer movimiento, el Monstruo se abalanzó dando un terrible alarido. Recorrió cien metros en seis segundos. Se alzaron los rifles y abrieron fuego. Un vendaval procedente de la boca

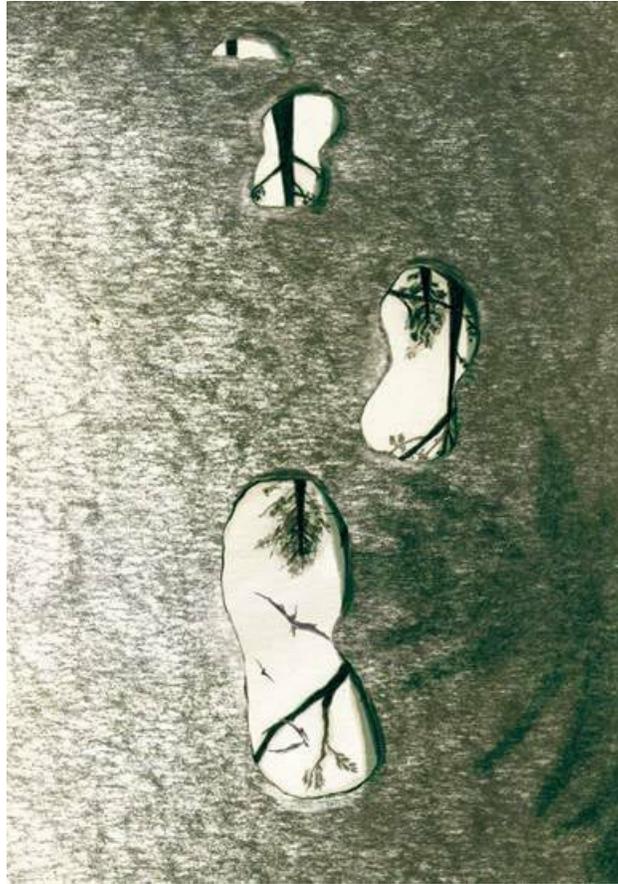
de la bestia los sumergió en un hedor de babas y sangre vieja. El Monstruo rugió y sus dientes resplandecieron al sol.





Sin volver la mirada, Eckels caminó a ciegas hasta el borde del Camino con su arma inerte en los brazos, bajó del Camino y se adentró, sin darse cuenta, en la jungla. Hundió los pies en un musgo verde. Sus piernas lo trasladaban y se sentía solo y ajeno a lo que sucedía a su espalda.

Los rifles restallaron de nuevo. Su sonido se perdió entre aullidos y truenos de lagarto. La gran superficie de la cola del reptil ascendió, dio latigazos de un lado a otro. Los árboles estallaron en nubes de hojas y ramas. El Monstruo dejó caer sus manos de joyero para manosear a los hombres, para retorcerlos y partirlos por la mitad, para aplastarlos como bayas, para embutírselos entre los dientes y en su garganta aullante. Sus ojos como enormes cantos rodados descendieron a la altura de los hombres. Se vieron reflejados. Dispararon a los párpados metálicos y al centelleante iris negro.



Como un ídolo de piedra, como una avalancha, el *Tyrannosaurus* cayó. Tronando, agarró los árboles y los arrastró consigo. Torció y desgarró el Camino metálico. Los hombres se echaron hacia atrás. El cuerpo impactó en el suelo, diez toneladas de carne fría y pétrea. Dispararon las armas. El Monstruo azotó su cola acorazada, apretó la mandíbula de serpiente y se quedó inmóvil. Un manantial de sangre brotó de su garganta. En algún sitio dentro de su cuerpo un saco de líquidos reventó. Repugnantes chorros empaparon a los cazadores. Allí estaban, cubiertos de rojo brillante.

El trueno se desvaneció.

La jungla quedó en silencio. Después de la avalancha, una paz verde. Después del mal sueño, el amanecer.

Billings y Kramer se sentaron en el Camino y vomitaron. Travis y Lesperance permanecían de pie con los rifles humeantes, maldiciendo sin parar.

En la Máquina del Tiempo, boca abajo, Eckels temblaba tumbado en el suelo. Había conseguido volver al Camino y se había metido dentro de la Máquina.

Travis llegó caminando, echó una ojeada a Eckels, sacó una gasa de algodón de una caja de metal y volvió con los demás, que estaban sentados en el Camino.

—Límpiense.

Empezaron a quitar la sangre de sus cascos. Y a maldecir también. El Monstruo yacía en el suelo, una montaña de carne y hueso. Dentro, podían oírse los suspiros y murmullos mientras las últimas cavidades del cuerpo perdían vida, los órganos fallaban, los fluidos recorrían por última

vez los tejidos y las vísceras, todo apagándose, cerrándose para siempre. Era como estar al lado de una locomotora averiada o una excavadora de vapor al final de la jornada, cuando todas sus válvulas vuelven a liberarse o apretarse. Los huesos se quebraron; el tonelaje de su propia masa, desequilibrado, convertido en un peso muerto, rompió los delicados brazos, atrapados debajo. La carne, aún temblorosa, se asentó.

Otro crujido. Encima, una rama gigantesca se soltó de su fuerte amarre y cayó. Se derrumbó irrevocablemente sobre la bestia muerta.

—Ahí está. —Lesperance miró su reloj—. Justo a tiempo. Ese es el árbol gigante que estaba previsto en un principio que caería y mataría a este animal.

Miró a los dos cazadores.

—¿Quieren la fotografía de trofeo?

—¿El qué?

—No podemos llevarnos un trofeo de vuelta al Futuro. El cadáver tiene que quedarse justo aquí, donde hubiera muerto inicialmente, para que insectos, aves y bacterias hagan lo que les corresponde, como estaba previsto. Todo en equilibrio. El cuerpo se queda, pero podemos tomar una foto de ustedes a su lado.

Los dos hombres intentaron pensar, pero se rindieron, negando con la cabeza.



Avanzaron por inercia por el Camino metálico. Se hundieron agotados en los cojines de la Máquina. Volvieron la mirada hacia el Monstruo derrotado, el montículo estancado, donde extrañas aves reptilianas e insectos dorados se ocupaban ya de la armadura humeante.

Un sonido en el suelo de la Máquina del Tiempo los paralizó. Eckels estaba allí sentado, tiritando.

—Lo siento —dijo, al fin.

—¡Levántese! —gritó Travis.

Eckels obedeció.

—Salga solo al Camino —dijo Travis. Le apuntaba con el rifle—. Usted no va a regresar en la Máquina. ¡Lo vamos a dejar aquí!

Lesperance agarró a Travis por el brazo.

—Espera...

—¡No te metas en esto! —Travis se sacudió la mano de golpe—. Este idiota casi nos mata. Aunque no es eso lo peor, no. ¡Son sus zapatos! ¡Míralos! Se salió del Camino. ¡Será el fin del negocio! ¡Miles de dólares en seguros! Garantizamos que nadie se sale del Camino. Él se salió. ¡Menudo estúpido! Tendré que informar al Gobierno. Podrían revocar nuestra licencia para viajar. ¡¿Quién sabe lo que le ha hecho al Tiempo, a la Historia?!

—Cálmate, todo lo que ha hecho es levantar un poco de tierra.

—¡¿Cómo lo sabemos?! —gritó Travis—. ¡No sabemos nada! ¡Todo es un misterio! ¡Lárguese, Eckels!

Eckels hurgó en su camisa.

—Pagaré lo que sea. ¡Cien mil dólares!

Travis miró el talonario de Eckels y escupió.

—Salga ahí fuera. El Monstruo está al lado del Camino. Meta los brazos hasta los codos dentro de su boca. Entonces podrá regresar con nosotros.

—Eso es absurdo.

—El Monstruo está muerto, cretino. ¡Las balas! Las balas no se pueden quedar atrás. No pertenecen al Pasado; podrían cambiar algo. Aquí tiene mi cuchillo. ¡Recupérelas!

La jungla estaba viva otra vez, llena de su antigua excitación y de gorjeos de pájaros. Eckels se giró lentamente para mirar al primitivo vertedero, esa montaña de pesadillas y terror. Después de un buen rato, como un sonámbulo, fue arrastrando los pies a lo largo del Camino.

Volvió, temblando, cinco minutos más tarde, sus brazos empapados y rojos hasta los codos. Extendió las manos. Cada una tenía varias balas de acero. Entonces se desplomó y quedó allí tendido, sin moverse.

—No hacía falta que le obligaras a hacer eso —dijo Lesperance.

—¿Que no? Demasiado pronto para afirmarlo. —Travis empujó discretamente el cuerpo inmóvil—. Vivirá. La próxima vez no saldrá a cazar así. Bien —apuntó despectivo a Lesperance—, arranca. Volvamos a casa.

1492. 1776. 1812.

Se limpiaron las manos y la cara. Se cambiaron las camisas y los pantalones llenos de pegotes. Eckels volvía en sí, sin hablar. Travis le clavó la mirada durante diez largos minutos.

—No me mire —gimió Eckels—. No he hecho nada.

—¿Quién puede saberlo?

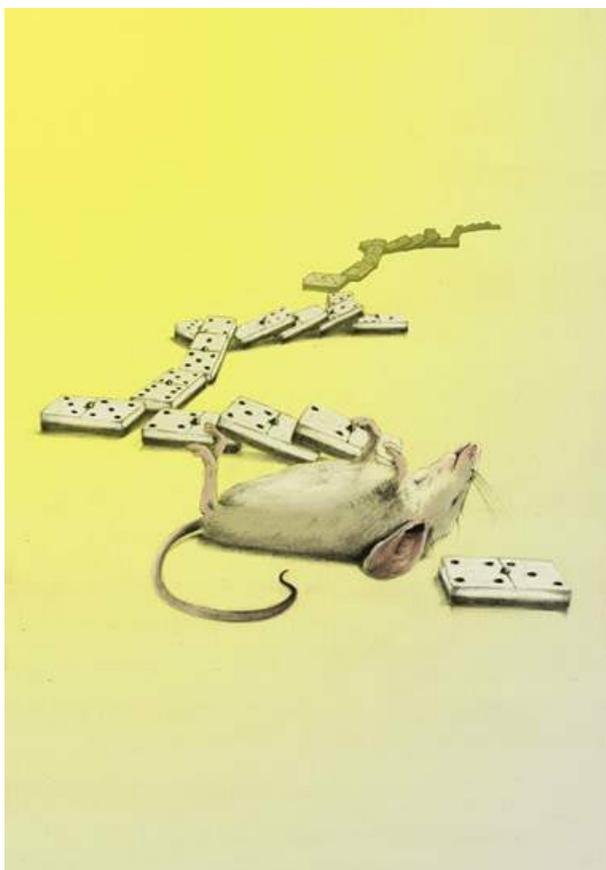
—Solo me salí del Camino, eso es todo, un poco de barro en mis zapatos. ¿Qué quiere que haga?, ¿que me arrodille y rece?

—Quizás lo necesitemos. Le estoy advirtiendo, Eckels. Quizás aún le mate. Tengo el arma cargada.

—Soy inocente. ¡Yo no he hecho nada!

1999. 2000. 2055.

La Máquina paró.



—Salga de aquí —dijo Travis.

La habitación estaba como la habían dejado, pero no tal cual la habían dejado. El mismo hombre estaba sentado detrás del mismo mostrador. Pero el mismo hombre no estaba sentado exactamente detrás del mismo mostrador.

Travis echó un vistazo rápido.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó irritado.

—Todo en orden. ¡Bienvenidos a casa!

Travis no se relajó. Parecía estar examinando los mismísimos átomos del aire y cómo se colaba el sol a través del único tragaluz.

—Bien, Eckels, salga ya de una vez. Y no vuelva a aparecer por aquí.

Eckels no podía moverse.

—Ya me ha oído —dijo Travis—. ¿Qué está usted mirando tan fijamente?

Eckels estaba de pie, oliendo el aire, y había algo en el aire, un olor a sustancia química, tan sutil, tan leve, que solo un grito indefinido en sus más íntimos sentidos le alertaba de que había algo allí. Los colores, el blanco, el gris, el azul, el naranja de la pared, de los muebles, del cielo que se veía a través de la ventana, eran..., eran... Y había algo que se palpaba. Sus músculos se contrajeron. Sus manos se contrajeron. Estaba ahí, absorbiendo lo insólito por los poros de su cuerpo. En algún lugar, alguien debía de estar emitiendo uno de esos silbidos que solo los perros pueden oír. Su cuerpo respondió con un chillido mudo. Más allá de aquella habitación, más allá de aquel muro, más allá de aquel hombre que no era exactamente el mismo hombre que estaba

sentado detrás del mostrador que no era exactamente el mismo mostrador... se abrió un mundo de calles y de gente. Qué clase de mundo era el de ahora, nadie sabría decirlo. Podía sentir que se movían allá fuera, más allá del muro, como si fueran piezas de ajedrez arrastradas por un viento seco...

Sin embargo, lo más inmediato que vio fue el letrero pintado en la pared del despacho: el mismo letrero que había leído aquella mañana temprano, cuando había entrado allí por primera vez.

De alguna manera, el letrero había cambiado:

SAFAGRI EN EL TIEMPUNG S. L.
SAFAGRIS A QVALKIER AGÑO DEL PASADO.
USTED ELIJE ANIMALEN.
NOSOTGROS LES LLEFAMOS.
USTED DISPAGRA.

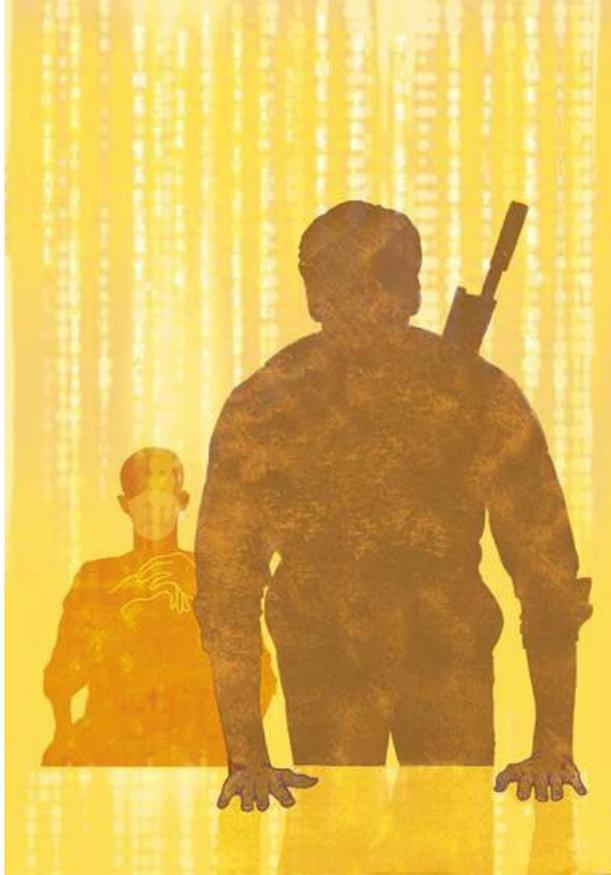
Eckels sintió como se derrumbaba sobre una silla. Hurgó como un loco en el fango espeso que había en sus botas. Sujetó un trozo de tierra, temblando.

—No. No puede ser. No puede ser algo tan pequeño como esto. ¡No!

Incrustada en el barro, con un brillo verde y dorado y negro, había una mariposa, muy hermosa y muy muerta.

—¡Algo tan pequeño no! ¡Una mariposa no! —gritó Eckels.

Cayó al suelo, aquello tan bello, aquello que, tan pequeño, podía alterar los equilibrios y derribar una fila de pequeñas fichas de dominó, y después de fichas grandes y después gigantes, a lo largo de los años y a través del Tiempo. La mente de Eckels estaba en ebullición. No podía ser que aquello cambiara las cosas. ¡Matar a una mariposa no podía ser tan grave! ¿O sí?



Su expresión se había quedado congelada. Su boca temblorosa preguntó:

—¿Quién..., quién ganó ayer las elecciones presidenciales?

El hombre del mostrador rio.

—¿Está de broma? Lo sabe perfectamente. ¡Deutscher, por supuesto! ¿Quién si no? No ese cretino inútil de Keith. Ahora tenemos un hombre de hierro, ¡un hombre con agallas! —El empleado se interrumpió—. ¿Qué ocurre?

Eckels gimió. Cayó de rodillas. Frotó la mariposa dorada con dedos trémulos.

—¿No podemos...? —suplicó al mundo, a sí mismo, a los empleados, a la Máquina—. ¿No podemos devolverla? ¿No podemos revivirla? ¿No podemos volver a empezar? ¿No podemos...?

No se movió. Con los ojos cerrados esperó, tiritando. Escuchó a Travis resoplar en la habitación; escuchó a Travis apresurarse con su rifle, quitar el seguro y levantar el arma.

Se oyó un sonido atronador.



UN SONIDO ATRONADOR



Publicado por primera vez en la revista Collier's en 1952, este relato se incluyó en la colección *The Golden Apples of the Sun* (1953). Más tarde fue reimpresso en *The Young Oxford Book of Timewarp Stories*. Este magistral texto, que dio lugar a la teoría del efecto mariposa, trata sobre los viajes a través del tiempo y sus consecuencias para el futuro. Transcurre en el año 2055, donde un negocio llamado Safari en el Tiempo S. A. promete llevar a sus clientes de viaje al pasado para que puedan cazar animales prehistóricos, como el tiranosaurio. El índice Locus de antologías y colecciones de ciencia ficción lo posiciona en el primer lugar entre los diez cuentos más relevantes del género.

Ray Bradbury (Waukegan, Illinois, 1920-Los Ángeles, California, 2012).

Alcanzó la fama con la recopilación de sus mejores relatos en el volumen *Crónicas marcianas* (1950), que obtuvieron un gran éxito y le abrieron las puertas de prestigiosas revistas. Se trata de narraciones que podrían calificarse de poéticas más que de científicas, en las que lleva a cabo una crítica de la sociedad y la cultura actual, amenazadas por un futuro tecnocratizado. En 1953 publicó su primera novela, *Fahrenheit 451*, que logró también un éxito importante y fue llevada al cine por François Truffaut.

Elena Ferrándiz vivió su infancia en San Fernando, Cádiz, rodeada de lápices de colores. Estudió Bellas Artes en la Universidad de Sevilla y desde entonces ha trabajado como ilustradora para numerosas editoriales y publicaciones. Asimismo ha publicado varios libros ilustrados de los que es también autora. Libros llenos de metáforas y guiños visuales, en los que imagen y palabra se unen para dar salida a su particular universo.